

todo el terreno de alrededor. Pero debía ser terriblemente trágica la condicion de la fortaleza durante los últimos días, cuando se habian visto obligados á retirar la mayor parte de los cañones, los fosos estaban llenos de escombros, los torreones rotos; el camino subterráneo en peligro y minada la empalizada para hacer saltar la contra escarpa del foso. Los asediados veían á su alrededor, á pocos pasos, las negras gargantas de aquellos monstruos de bronce que se les venían encima como arrastrándose á favor de las tinieblas y las caras enardecidas de soldados de todos los países, embravecidos en cien asaltos y ansiosos del último estrago, que les devoraban, con los ojos inyectados en sangre, mostrando sus bayonetas. A tal extremo, toda resistencia era inútil. Al amanecer del décimocuarto día, en efecto, los aliados, disparando furiosamente su artillería contra los ruinosos bastiones, avanzaban para intentar el último asalto. Un formidable estruendo los detuvo por un momento: la puerta y el puente de la fortaleza habian volado por los aires. Creyendo haber prendido fuego al polvorin, comenzaron de nuevo con furor las descargas. Pero ¿qué sucedió? De los torreones no contestan á sus fuegos. Se acercan titubeando é invaden la fortaleza como un torrente... No se veía alma viviente: el fuerte era

un monton de ruínas. Solo se encontraron algunos trapos ensangrentados y un cañon clavado, con las armas de Saboya. Desde los primeros albores del día, el gobernador De Beaulieu, por órden del comandante de Pinerolo, despues de haber hecho minar la puerta principal y la de socorro, había escapado con la guarnicion por el subterráneo, dejando algunos soldados con el encargo de prender fuego á la mina en el último instante. ¡Qué formidable mecha debió colocar á Victor Amadeo!

Acercándose á la quinta solitaria del Sr. Todrós, que cubre el espacio que ántes ocupara el fuerte, el Comandante se detuvo á contemplar dos pequeñas pirámides de bombas que sobre pilastras se levantan á la puerta del jardin: bombas que fueron encontradas en tierra, con pedazos de armadura y algunas monedas oxidadas, excavando por las inmediaciones. ¡Quién sabe si no era una de aquellas bombas la que rompió la pierna al pobre Montour, comandante de la guarnicion!

—Dos hermosos platos de patatas saboyanas—añadió De Beaulieu, dirigiéndoles los sonrientes ojos de un gastrónomo.

Hay en lo alto una ancha esplanada como no se imagina al mirar la cima del monte de San Maurizio. Existen allí hermosos viñedos, trozos de

terreno cubiertos de alta hierba, sombreados por grupos de encinas y pinos silvestres y esmaltados de amapolas, blancas margaritas, renúnculos, juncillos; flores de todas clases, espesos como las flores de un invernadero y mezclados con plantas olorosas que, agitadas al pasar, exhalan penetrantes aromas, á lo largo de los andenes.

Nos sentamos por breves instantes entre los árboles, y descansando allí, al amparo de aquella sombra, en medio de aquellos perfumes, refrigerados por una jarra de agua helada, bebida en el pozo de una factoría próxima, acariciados por una brisa fresca y suave que penetraba entre las ropas y oreaba nuestros pechos y brazos, pensamos los dos en aquellos pobres soldados que, en aquel mismo día de Agosto, á la misma hora, ciento ochenta y sei años ántes atravesaban corriendo aquel mismo espacio de terreno, entonces pelado como un desierto, calcinado por el sol, lánguido, marchito, devastado, tropezando con los cadáveres aplastados de sus compañeros, bajo una lluvia de balas francesas, medio muertos de hambre y de sed. ¡Allí, á centenares y centenares de leguas de sus pueblos y de sus familias, de las que no tenían noticias en muchos meses y las que no podían saber nada de su muerte: pobres

instrumentos ciegos de ambiciones que no comprendían, pobre carne de cañon, empujada, á marchas forzadas, de un extremo á otro de Europa, fustigada, despedazada y olvidada! ¡Pobres criaturas humanas!

—¿Pero por qué no habeis levantado un recuerdo aquí arriba?—Me preguntó el bravo comandante.—¡Una lápida con cuatro palabras al ménos!

*
* * *

Gracias á la amabilidad del Sr. Todrós, pudimos penetrar en el jardín y subir á la torre de la quinta.

Allí arriba, De Beaulieu, exhaló una de esas voces lentas y prolongadas de estupor, que suelen acompañar al vuelo circular de la mirada por los horizontes de un maravilloso pánorama.

De pronto hirió su vista aquella risueña hondo nada de Cumiana, que resalta inesperadamente á la izquierda, con su semicírculo de poblados montes, sus colinas coronadas de ermitas, y sus aldeas que parecen jugar al escondite entre la arboleada.

—¿Dónde están los bosques de Vólvera?—me preguntó.

—¡Ahl Eso es lo que busco,—pensé. Mas no me dió tiempo para hacerle la indicacion. El conocía mejor que yo todo aquel vastísimo teatro del gran actor Catinat.

—*Voilà Piassasco, je crois*—exclamó señalando, con efecto, el sitio donde se encuentra.

Tenía la clave de la batalla de Marsaglia: el monte de San Jorge, en el que apoyaba su ala derecha el general francés, haciendo frente al Príncipe Commercy, que fué despues el primero que quedó derrotado. Eugenio estaba en el centro, Víctor Amadeo en los bosques de Vólvera: todos fueron batidos y dispersados. ¡Una jornada infelíz, partidiez!

El Comandante no decía una palabra; pero ví que llevado, sin duda, por la analogía de los recuerdos buscaba por el otro lado, la ciudad de Saluzzo y desde allí la llanura de Staffarda.

—¿Buscáis el campo de vuestra victoria?—le dije.

Y él, oportuno, como buen francés

—Observad, sin embargo, — repuso—que todavía no me he atrevido á mirar hácia la parte de Superga.

Era alusion á la victoriosa defensa de Turin; una delicada respuesta á mi burlona estocada.

—*Touché*—debí contestarle entonces, haciendo el saludo como en un duelo.

Por buen espacio de tiempo no le pude arrancar de allí arriba. No se cansaba nunca de contemplar aquella alfombra de verdura, salpicada por los pueblecillos, surcada de blanco por vastas manchas de los caminos, serpenteada de plata por los arroyos, orlada de azul por los horizontes y todo bordado á relieve y como respunteado por la vegetación, hasta el el punto de inspirar deseos de pasar la mano por encima. Y hacía más bello todavía el cuadro, un cielo límpido, surcado por largas nubes sutiles y encendidas, semejantes á pinceladas color de rosa que teñían con su delicado reflejo las aguas inmóviles del jardín de la quinta.

—No,—decía el Comandante moviendo la cabeza y mirando hácia abajo por el flanco del monte, como si hablase consigo mismo,—después de la toma de Santa Brígida, si no sobrevenía Catinat, Pinerolo no podía resistirse. Con el refuerzo de seis mil

españoles y con doce cañones nuevos de grueso calibre que había recibido, el Duque de Saboya estaba seguro de su suerte. La plaza no estaba aprovisionada más que para tres meses. A la mano tenía dispuestas más de cien piezas de artillería. Con la batería de morteros que plantó aquí abajo, y con las otras dos que hizo levantar á la parte opuesta, sobre la llanura, hubiera bien pronto dado cuenta de Tessé, á pesar del fuego infernal de la ciudadela. El torreón maestro, blanco noche y día de los disparos de 24 bocas de bronce, estaba reducida á deplorable estado, el 1.º de Octubre...

Pero sabed que era original y muy dura, la condición de estos pobres habitantes de Pinerolo, bombardeados durante diez días seguidos por su Duque y obligados, sin embargo, á desear de todo corazón que llevara adelante la empresa, ¡Después de dos meses y medio de aquella endemoniada vida, después de 63 años de dominación extranjera, bien merecían la satisfacción de ver la entrada triunfal de Víctor Amadeo! ¡No era justo que debieran suspirar por ella otros tres años! El Conde de Tessé no esperaba ciertamente arrebatársela así, á tan bajo precio.

*
* *

Muy curioso pareció á De Beaulieu un detalle que trajo á su mente el recuerdo del Duque de Saboya.

Uno de los edificios de Pinerolo, visible desde allí arriba, que había sufrido más que los otros en el bombardeo, era el convento de la Visitacion. ¿Qué hubiera dicho Víctor Amadeo II, si, mientras tiraba balas explosivas sobre el monasterio, le hubieran profetizado que bajo aquel techo, entre aquellos acribillados muros, había de morir, setenta y seis años despues, la más querida de sus amantes, aquella marquesa de Spigno y de San Sebastian que fué despues su esposa, que se retiró con él á Chambery despues de la abdicacion y que le indujo á revolver el Estado para devolver el trono á su hijo?

—*Une charmante femme, ¿no es verdad?*—dijo el Comandante.

Aquel diablo de francés la conocía personal-

mente. Yendo por la mañana á comprar la *Guía de los Alpes* en la librería del amigo Mascarelli, había visto la fotografía de la Marquesa tomada de un retrato al óleo que se conserva aun en el Monasterio; y aquella cabecita envuelta en un velo como dentro de una nube blanca, aquellos hermosos ojos lánguidos, le habían encantado.

—¡Hermoso tipo tambien el de Amadeo!—añadió con un poco de envidia:—*On n'en fait plus.* Clavado sobre el caballo de un alba á otra, con aquella enorme peluca rubia que se escapaba del pequeño tricornio cayendo sobre sus hombros, con aquellos ojos azules de extrema movilidad, con aquella nariz hendida, picado de viruelas durante su prision en la campaña del Delfinado, vestido de época, despojado tambien del collar de la Anunciata que había hecho pedazos el año anterior por el pobre Carmagnola, bromista con los soldados, brusco con los peces gordos, y libre de lengua como un cabo de caballería, ¡qué magnífico personaje para la "fotografía anecdótica" de un corresponsal de periódico, que hubiera podido seguirlo de cerca!

Me parecía verlo, allí, sobre aquella cumbre, acompañar cada disparo de cañon con un puñetazo

sobre la silla, diciendo á media voz, con los dientes apretados.

—¡Ah! ¡Yo soy la bestia negra de Louvois! ¡Yo soy el paje del Rey de Francia! ¡No me permiten hacer un viaje á Venecia!... ¡Ah, *manigad'balls!* ¡Tomad eso por ahora!

*
*
*

—Con todo eso,—dijo el comandante, siguiendo casi enteramente el hilo de mis pensamientos—cuando no se mataban, tenían entre ellos mil delicadas cortesías. ¡Qué diremos del Duque de Saboya que dejó libre á los franceses la correspondencia, entre la ciudad asediada y Cassale, y que envió á su fiel conde de Gropello, disfrazado de vaquero para aconsejar á Tessé que hiciera bajar á Catinat de la Montaña, para proporcionarle un honroso pretesto para no bombardear á Pinerolo?

Pero yo no sabía la mejor, la más grandiosa y al propio tiempo la más bufa: era una carta de Tessé á San Tomasso, ántes que Amadeo llegase al campamento:

"Dicen que su Alteza Real debe llegar de un momento á otro. Es preciso hacer alguna cosa para recibirle dignamente: inspiradme vos. Os ofrezco en cambio todo lo que poseo. Su Alteza querrá pasear, revistar su ejército. Decidme por qué par-

te irá; tenemos muchos cañones apostados: ordenaré que no disparen por aquel lado ni los cañones ni los arcabuces, para que su Alteza no sufra la menor incomodidad.”

—¿Está bien? ¿Se puede ser más amable?

—¡Qué maravilloso burlon!—concluyó riendo el Comandante.—¡Y se hubieran destrozado con los dientes!

*
*
*

Por fin, debíamos bajar.—¡Pero qué inolvidable espectáculo había gozado desde allí arriba el Sr. de Beaulieu!—pensábamos los dos, saliendo de la quinta.

En las breves horas de tregua, asomándose al parapeto de los torreones, veíamos la confusión de los soldados dentro de los fuertecillos esparrados por la pendiente del monte, las medias-lunas de Pinerolo erizadas de mosquetes, la torre de la ciudadela coronada por oficiales que observaban; y por todas partes, por los arrasados viñedos, entre las casas derruidas, por las huertas deshechas por las escavaciones de las trincheras, las pisadas de los caballos y los surcos de las ruedas, sobre los campos sembrados de cajas rotas, árboles humeantes, sacos de lana rasgados.

Alrededor de la ciudad, millares de tiendas y pabellones de todos colores, aldeas de cabañas preparadas para el bloqueo del invierno, y

más lejos, vastos parques de carros, enorme impedimenta y ondulantes masas de caballería que marchaban por la campiña hácia San Segundo y Belvedere.

Y, en las horas de batalla, cuando retumbaba á un tiempo la artillería del fuerte, de la ciudadela, de la plaza, de los reductos, de las baterías del llano, formando una corona de humo y de fuego alrededor de Pinerolo, aquellas anchas y furiosas oleadas de soldados subían por el monte: los rubios batallones de Inglaterra, la morena infantería de España, las anchas y blancas caras de los holandeses, los altos dragones de Saboya, las pesadas y compactas columnas de alemanes, una marea ascendente de carne humana, de diversos colores, sombreros con plumas, anchos tahalíes, vistosa confusión de uniformes, reluciente por las bayonetas y segures, erizada de picas, de escalas, de girones de banderas, de espadas blandidas por los coroneles; una multitud embriagada con sus propios gritos y por el clamor infernal de clarines, pífanos y timbales...

Y precisamente en aquel momento, allá abajo, en la vasta llanura tranquila y florida, hacían raro contraste con nuestra exaltada imaginación, los penachos de humo de los trenes de Turin y de

Torre-Pellice y los tramvías de Perosa y de Saluzzo, imágenes de la paz y del trabajo, que discurrían rápidamente entre los árboles, como blancos velos de amazonas gigantescas, lanzadas en desenfrenada carrera por la campiña.

*
*
*

Iba á ponerse el sol. Nos detuvimos todavía un momento á contemplar la cima del Freydour y Tridente, que se vienen á la cara, como torreones verticales de prodigiosa fortaleza, ante la cual, el combate de Santa Brígida no había sido más que combate de hormigas. Y eran maravillosas, á semejante hora, aquellas montañas de pedrada roca, de las que se distinguían con limpieza todos los relieves, todas las concavidades, todas las arrugas, que parecían hechas á cincel y teñidas de color de hierro, de gris perla, de amaranto, de violeta, con pinceladas de coral y de rosa.

Admirábamos también el valle de Lemina, tan verde y de vegetación tan lozana, que parece cerrado á los profanos, y que pertenece á un convento.

Pero entonces noté cuán peligroso es servirse de símiles nuevos, hablando con quien no está

iniciado en el lenguaje literario del día, porque habiendo dicho de aquel valle:

—¡Qué delicioso lecho para un gigante!

—¿Cómo?—repuso el Comandante—¿Y el campanario de San Pedro?

Lo que nos hizo reír un buen trecho mientras descendíamos del monte.

Al rededor se notaba aquella vasta y risueña paz de los días de fiesta, que se adivina en el campo, aún cuando no se manifiesta por signo alguno visible. Bajo los emparrados de las quintas paseaban señoras cogidas del brazo; de las casitas, á lo largo del camino salían sonidos de vasos que chocan y de voces alegres. Encontrábamos niños gordinflones, hermosas muchachas y viejos vivarachos, que reían.

De repente, junto á la quinta Vagnone, oímos un graciosísimo canto de dos voces de tenor, sin educar, más de un timbre insólito en aquel sitio; poco despues vimos salir de entre los árboles, dos soldados de caballería, de la Academia, con sus hermosos uniformes color de naranja.

—No tienen nada de Piamonteses esos soldados—dijo De Beaulieu.

—Son romanos—repuse.

—¿En qué lo habeis conocido?—me preguntó con curiosidad.

—Por su acento, por la entonacion del canto, por la letra misma de su cancion. Y son romanos de la misma Roma, si no me engaño.

—¿Voluntarios, tal vez?

—No, reclutas. Hace más de diez años que tenemos en el ejército soldados de Roma.

Se detuvo, volviéndose á mirar aquellos soldados. Mi respuesta había llevado de un golpe su imaginacion desde el Piamonte de Víctor Amadeo, hasta Italia con Roma por capital, y junto á aquellos dos jóvenes veía confusamente, con una especie de estupor, los arcos gloriosos y los columnatas cargadas de siglos, de la ciudad inmortal. Me lo dijo. ¡Cuánta poesía esparcían por el monte de Santa Brígida las armoniosas voces de los dos muchachos! ¡Qué fabulosa mutacion se había llevado á cabo!

Sin embargo, la sangre vertida por los soldados de Víctor Amadeo sobre aquella cima, había tambien ayudado á la realizacion del milagro que la presencia en aquel sitio de los jóvenes significaba.

Ciertamente que los soldados del siglo xvii, no creyeron batirse por Italia: se batían por amor á su Príncipe, por el honor de las armas, por cariño á su provincia. Pero aquellos eran los sentimientos y la tradicion de que dos siglos después nacía, fe-

cundada al calor de las nuevas ideas, la patriótica audacia del Piamonte y la popularidad italiana de la Casa de Saboya.

La fuerza nacional de Turin del 48 y del 59 derivaba en gran parte de la conciencia de aquel pasado. Santa Brígida era tambien una lejana avanzada de San Martino. La sangre derramada junto al pilar de la muerta, se unía, por largo surco rojo, á la sangre vertida en Puerta Pía.

¿No se despertaban en mí estos mismos pensamientos al oír la voz de Roma, sobre el campo de batalla de Amadeo?

Sí, los mismos pensamientos se despertaban. Pero pensaba, sin embargo, llegando sobre la colina de San Mauricio y observando la mirada casi agradecida que á su alrededor dirigía De Beaulieu, pensaba en la eficacia grande y benéfica del valor, que lo ennoblece y realza todo.

Era la memoria de un valiente que, despues de dos siglos, me hacía simpático á un extranjero, le hacía á él amar una ciudad desconocida, y ponía en los labios de uno palabras honrosas para la patria del otro, y de estos sentimientos, en pocas horas, nació una cariñosa amistad.

La cual, despues de discurrir gran rato sobre

el ascidio, fué sellada en la mesa con una vieja botella de Campiglione.

—¡Al gobernador De Beaulieu!—dije levantando mi copa.

Y el Comandante, poniéndose en pié con rapidez, repuso con voz vibrante y cordial acento:

—¡A los expugnadores de Santa Brígida!



EL FUERTE DE FENESTRELLE

